

¿Y la ética, profe?

Una vuelta de tuerca: espacio crítico

Por Sergio Carneros
(sergio.carneros@hotmail.com)

El Instituto IDEA, de nuevo, ha seleccionado el tema adecuado en el momento oportuno. Ecuador atraviesa una de sus épocas más oscuras (violencia, economía, emigración, política...), donde la desorientación ética es uno de los desencadenantes de esta crisis.

Y esta falta de ética da lugar a la situación perfecta para que la corrupción, el neoliberalismo atroz, el fascismo, el crimen organizado, la xenofobia, la innovación vacía de cambio... bailen a sus anchas. En esta situación, mientras millones de ecuatorianos sufren, unos pocos se enriquecen y declaran: “el problema es que faltan valores en el Ecuador” (pero en realidad nunca querrían profundizar en ello porque su único valor es cuidar de su patrimonio, de su poder y de sus privilegios).

Y claro, ante esta “gran necesidad de valores”, todo el mundo mira a la educación. Entonces es cuando proclamamos que la ética es la base del sistema, la columna vertebral, la brújula moral, el alma de la enseñanza. Pero uno, que conoce muy bien el sistema educativo, sabe que cuando se empieza a rascar la superficie con una cucharita de plástico (porque ni para pala alcanza), lo que aparece debajo no es precisamente ética. A veces es cálculo político, otras veces miedo institucional y, muchas veces, simple y llana hipocresía.



¡Bienvenido a Vuelta de Tuerca! Un espacio crítico, pensado para hacer reflexionar, incomodar, provocar, llorar, odiar, amar, gritar... o lo que necesites.

Prólogo sobre el fantasma

Hay un fantasma en nuestras aulas, en nuestros currículos, en nuestros discursos pedagógicos. No es el de Paulo Freire (aunque a veces también lo usamos sin entenderlo). Es el fantasma de la ética en educación. Todos lo invocan: los ministerios, los rectores, los docentes, hasta los proveedores de plataformas educativas.

La ética en educación no es una unidad didáctica. Es una práctica incómoda, contradictoria, frágil, valiente. A veces heroica, a veces hipócrita. Pero siempre necesaria.

Pero como todo buen fantasma, nadie sabe exactamente qué hace ahí, ni qué se supone que significa.

El problema no es que falte ética. El problema es que abunda... pero mal entendida, mal usada y, sobre todo, manipulada. En este artículo, vamos a recorrer las aulas, los pasillos y las oficinas del sistema educativo ecuatoriano, acompañados por este fantasma incómodo. No lo vamos a exorcizar, pero al menos vamos a dejar de fingir que no lo vemos.

1. Suena a profundo y sirve para encubrir la verdad

Palabras como inclusión, equidad, respeto, diversidad, integridad... han sido absorbidas por la maquinaria del marketing educativo. Se usan para decorar planes estratégicos, no para transformar



prácticas. Y la ética educativa se ha convertido en un buffet libre: cada quien toma lo que le conviene y deja el resto.

¿Hablamos de respeto? Claro, siempre que no incomode a los padres que pagan. ¿Hablamos de equidad? Por supuesto, mientras no implique cambiar criterios de admisión. ¿Hablamos de justicia? Obvio, pero primero pasemos por la validación de imagen institucional.

Así, la ética se vacía de sentido mientras se infla de retórica. Y nadie la cuestiona porque cuestionarla implicaría admitir que no tenemos idea de cómo educar éticamente sin meternos en líos.

2. Docentes: santos con burnout o piratas del sistema

Ahora sí, el protagonista olvidado: el profe. Ese que tiene que ser

guía, terapeuta, policía, influencer y, por supuesto, ejemplo de ética... con un salario que apenas alcanza para el pasaje, sin recursos y sin esperanza.

Se espera que el docente sea ético, incluso cuando el sistema lo traiciona. Que aplique normas justas sin perturbar nada ni molestar a nadie. Que promueva el pensamiento crítico, siempre y cuando no cuestione al rector ni al sistema. Que denuncie injusticias, pero con “prudencia institucional”.

Y aún así, muchos profes resisten con una dignidad que raya en lo

El problema no es que falte ética. El problema es que abunda... pero mal entendida, mal usada y, sobre todo, manipulada.

heroico. Hacen magia con lo que tienen. Evalúan lo mejor posible aunque el sistema los presione por cifras y burocracia. Se niegan a discriminar, incluso cuando la cultura escolar lo normaliza. En otras palabras: actúan éticamente a pesar de que nadie se los reconoce.

Claro, también están los otros docentes. Los que usan el miedo como método, que venden tareas por WhatsApp, que abusan de su poder en nombre de la disciplina. Pero cuidado: ellos también hablan de ética. La suya, claro. La que les conviene.

3. Autoridades educativas: ética selectiva y gestión de imagen

En los niveles de dirección, la ética se convierte en un accesorio: se luce cuando queda bien y se guarda cuando estorba. Las autoridades (rectores, directores, coordinadores) tienen discursos

impecables. Pero a veces aplican la ética como se aplica el corrector ortográfico: solo cuando alguien se queja.

¿Hay acoso entre docentes? “Vamos a mediar con madurez.” ¿Discriminación por orientación sexual? “Debemos respetar las creencias de todos.” ¿Un estudiante vulnerable en riesgo? “La normativa no permite excepciones.”

El criterio ético se subordina al manual, al reglamento, al KPI, al ranking, al presupuesto. Y si todo falla, se convoca a una charla motivacional y se sube una foto a Instagram con el hashtag #ValoresInstitucionales.

Anualmente, el Ministerio de Educación recibe más de 2.000 denuncias por violencia escolar, muchas de las cuales se pierden entre la burocracia y el silencio. Porque hablar de ética, de verdad, implica asumir responsabilidades incómodas. Y eso no sale en el boletín institucional.

4. Estudiantes: expertos en TikTok, huérfanos éticos

Los estudiantes no son cínicos por naturaleza. Aprenden rápido, sí. Pero lo que aprenden depende de lo que ven. Ven docentes cansados que no denuncian por miedo. Ven directivos que callan para no dañar la imagen.

Ven un sistema que les habla de paz mientras la violencia escolar, institucional y social los aplasta. Ven autoridades que hablan de esfuerzo y mérito mientras consiguen todo por medio de corrupción, privilegios y tradición.

Y entonces copian, mienten, plagian, se callan... porque eso es lo



Ahora sí, el protagonista olvidado: el profe. Ese que tiene que ser guía, terapeuta, policía, influencer y, por supuesto, ejemplo de ética.

que el entorno realmente premia. Según la SENESCYT, el 56 % de los universitarios admite haber copiado o plagiado al menos una vez. ¿Por falta de ética? No, porque el sistema no enseña ética, enseña supervivencia con estilo académico.

5. ¿Y entonces qué hacemos, profe?

Primero: dejemos de fingir. Dejemos de usar la ética como adorno en discursos, y empecemos a vivirla como práctica incómoda.

Segundo: enseñemos ética como si importara. No como contenido, sino como experiencia: con dilemas, casos reales, decisiones grises, debates difíciles. Formación ética no es decir “haz lo correcto”. Es preguntar: ¿qué es lo correcto cuando...?

En los niveles de dirección, la ética se convierte en un accesorio: se luce cuando queda bien y se guarda cuando estorba.

Tercero: hablemos en serio de justicia, equidad, integridad, y tengamos el valor de cuestionar los contextos en los que esas palabras se vacían. Porque si no definimos claramente lo que significan... cualquiera las usará para justificar lo injustificable.

Epílogo sin moraleja

La ética en educación no es una unidad didáctica. Es una práctica incómoda, contradictoria, frágil, valiente. A veces heroica, a veces hipócrita. Pero siempre necesaria. No debe servir para maquillar instituciones, sino para incomodar sistemas.

Así que la próxima vez que alguien te diga, “la ética es importante en esta institución”, tú pregúntale: ¿Y la ética, profe? ¿Dónde vive? ¿Quién la cuida? ¿Quién se la toma en serio?

Porque si no está en las decisiones, en los riesgos, en los desacuerdos... entonces no es ética. Es solo decoración.